

jacques

Monsieur Chirac:

Atuona (Hiva Oa), 17 de agosto, 1995.

Supongo que usted no tendrá mucho tiempo para detenerse en pequeñas historias como la mía, pero permítame, monsieur, que le cuente algo.

Mi nombre es Fred Ménard, y soy afinador de pianos. Nací en París, ciudad en la que viví durante toda mi vida hasta que un simple azar hizo que cambiara todo.

Conocí a Jacques en septiembre de 1964, o tal vez en octubre, en el escenario vacío del Théâtre Cambore de París. Yo había terminado de afinar el piano del teatro, un *Steinway & Sons* de cola negro, y lo estaba probando. Estaba tocando el compás número diecisiete de *La Cathédral Engloutie*, de Debussy. Lo recuerdo como si fuera ayer a pesar de que han pasado más de treinta años. En ese momento entró él acompañado de una mujer muy joven. Era tan preciosa que hizo que mis dedos trastabillaran sobre las teclas. Llevaba un vestido negro, largo, zapatos de tacón y un sobretodo rojo. Muy elegante: como si más tarde fuera a ir a alguna fiesta. Jacques se acercó al piano. Yo aparté mis manos pero mantuve pisado el pedal prolongando el acorde. No podía dejar de mirar a la chica, quieta, junto a la puerta de acceso a los camerinos. Jacques me preguntó si podía probarlo. Me levanté. Se sentó al piano, bajó la banqueta y tocó unos cuantos acordes. Luego empezó a tararear una de sus canciones. Yo me acerqué a la chica, que miraba embelesada la espalda de Jacques.

No me acuerdo precisamente de la conversación que tuvimos durante el breve tiempo en que él estuvo canturreando. Recuerdo su perfume, su piel morena, sus pendientes y que en un momento dado me dijo que era de un lugar llamado Hiva Oa.

Hiva Oa. Aquel nombre me pareció sonoro, mágico.

Jacques apenas esbozó un par de canciones y luego se levantó del piano, guiñó el ojo y dijo que estaba perfecto.

Dos noches más tarde fue el primero de los diez que tenía programados en el Cambore. Después hubo una pequeña fiesta en el apartamento de Monsieur Grillard, el director del teatro, a la que asistieron los músicos y los técnicos. A mí me invitó personalmente Jacques, aunque no se puede decir que forme parte ni de una categoría ni de otra. Sólo afinó pianos, por lo que tal vez tengo un poco de músico y un poco de técnico y, a la vez, nada de ambos.

En la fiesta volví a encontrarme con la chica de Hiva Oa.

La vi tan perdida como yo entre aquellos desconocidos. La verdad es que no me habría acercado a ella de no ser porque nuestras miradas se cruzaron y no tuve más remedio que sonreír y aproximarme. Estuvimos hablando durante un buen rato.

Me dijo que se llamaba Genève, y que había nacido en Hiva Oa de padre belga y madre francesa. Me contó que Jacques era el vecino de sus abuelos en Schaerbeek, y que se conocieron cuando eran adolescentes y ella viajó por primera vez a Bélgica.

Vivía en Europa y estaba cansada de la lluvia. Lo dijo cerrando los ojos, como si le doliera. “¿Qué es lo que más echas de menos de Hiva Oa?”, le pregunté.

“Los corales”, respondió ella sin dudar. Son algo mágico. Volvió a cerrar los ojos y yo sentí un escalofrío al verla estremecerse de ese modo. Aquella imagen me acompañará mientras viva.

No volví a ver a Genève nunca más. Sí volví a coincidir un par de veces más con Jacques en París, pero no tuve el valor de preguntarle por ella. Era muy conocido y, aunque yo siempre pensaba que no se acordaría de mí, era él quien se acercaba a saludarme.

Hiva Oa y los corales de Genève se fueron convirtiendo en una enredadera cada vez más polvorienta en algún rincón de mis pensamientos. Alguna vez me rebelaba contra ese polvo y se me ocurría, en la soledad de la barra de un bar, que tenía que ir a

Schaerbeek a buscar a sus abuelos (si es que vivían), que tenía que verla una vez más, saber dónde estaba, qué había sido de ella. Esa especie de rabia repentina quedaba casi siempre sepultada bajo un poco más de alcohol, y finalmente quedaba en nada.

Sorprende mirarse al espejo diez años después y no ser muy distinto de lo que uno quiso ser, aunque para ello haya perdido cosas, muchas cosas, demasiadas cosas. Por eso me sorprendió recibir diez años después aquella carta sin remitente desde Atuona, Hiva Oa, Islas Marquesas.

Aunque en décimas de segundo deseé con todas mis fuerzas que fuera una carta de Genève, no me desilusionó del todo que estuviera firmada por Jacques. Eso sí, me sorprendió porque sobaban dedos de una mano para contar las veces que nos habíamos visto.

Querido Ménard:

Soy Jacques. Espero que me recuerdes (Puedo tutearte, supongo). Tal vez te parezca raro que te escriba una carta después de tanto tiempo. No sé si alguien del teatro o de la farándula te lo ha dicho, pero ya no vivo en París. Ahora vivo en Hiva Oa, Islas Marquesas. Muy cerca de donde vivía Gaugin. Eres el mejor afinador de pianos de París y querría pedirte un gran favor. Hay un piano que ha quedado arruinado por el salitre y la humedad de estas tierras. Si fuera posible, ¿podrías venir y ver si se puede hacer algo con él? Le tengo mucho cariño y querría hacer un último intento por salvarlo.[...]

Agradezco tu atención y tu respuesta.

Un abrazo.

Jacques.

Espero que me disculpe, monsieur, pero el pudor me impide reproducir alguno de los pasajes de la carta. Respondí aceptando la invitación. En menos de un mes recibí un giro a mi nombre que recogí en el Crédite Agricole de Rue Rivoli y un telegrama con las indicaciones del vuelo: número, día, hora y recorrido. Unas semanas después me llegó el billete por correo certificado.

Después de muchas horas de viaje me encontraba sobre un mar delicioso, azul, que parecía arrugado desde lo alto y que refleja el sol fragmentando su luz y, a veces, sólo a veces, era capaz de distinguir alguna diminuta perla coralina a muchos pies de distancia bajo el avión.

Estaba a punto de conocer aquella tierra con nombre mágico que tanto había estimulado mi imaginación desde hacía diez años. No sabía lo que me estaba aguardando allí. Nunca imaginé que se me fuera a meter tan fuertemente bajo la piel, a infectar de esa manera, como una larva o una grave enfermedad tropical de esas que nos acompañan hasta la muerte.

Aterricé en Papeete después de casi dos días de un agotador, odiseico y larguísimo viaje. Aún me esperaba un último vuelo hacia Hiva Oa, donde llegué bien entrada la noche. Jacques me estaba esperando en el pequeño aeropuerto de Atuona.

Por aquel entonces casi siempre vivía en su velero Askoy, anclado en el puerto, aunque ya había empezado a preparar una casita en una colina cerca del cementerio, a las afueras de la ciudad.

La primera noche dormí mecido por el suave vaivén del mar en el camarote de proa.

Al día siguiente me llevó al lugar donde estaba el piano: un galpón al lado de la casa que estaba reconstruyendo. A mí, que sólo soy un afinador de pianos poco acostumbrado a tener que lidiar con las palabras, me faltarían adjetivos para describir la

ruina en que se encontraba el piano. Parecía más bien un moribundo o un enfermo terminal. Tenía la mayoría de las cuerdas oxidadas o rotas, la madera carcomida, muchas de las teclas arrancadas o levantadas. Pulsar cualquiera de ellas era convocar un aquelarre cacofónico de disonancias. No digamos ya un acorde. En fin, no voy a entrar en detalles técnicos porque en realidad, si le estoy escribiendo esta carta no es por aquel piano por el que poco pude hacer, sino por el coral. ¿Recuerda? “Los corales. Son mágicos”. Los ojos cerrados de Genève. Si la hubiera visto en aquel momento no se le habría olvidado jamás.

Recuerdo que, dos o tres días después de haber certificado la defunción de aquel piano, Jacques me anunció que al día siguiente navegaríamos hacia las islas del oeste. “Al menos”, dijo, “no habrás hecho este viaje en vano”.

Hiva Oa no es una isla coralina (esto es algo que sólo supe cuando llegué aquí), pero Jacques, al igual que Genève, adoraba los corales: seres vivos misteriosos, animales con apariencia de plantas marinas, o como él decía: un coral es “lo más cerca que estamos de tocar con las yemas de los dedos un animal mitológico... Un animal mitológico que se muere”. Así me dijo. Era 1974, cuando nadie se atrevía a hablar todavía de la muerte del coral ni de lo que eso podía suponer para la vida, para nosotros. Lo decía apoyado en el timón de su barco, con su cigarrillo en la comisura de los labios, y el whisky contoneándose en un tintinear de hielos dentro del vaso.

“Un animal mitológico que se muere”. Me lo decía a mí, el primer día de navegación hacia las islas del oeste, y yo era alguien cuyos ojos no habían contemplado jamás una maravilla semejante, y cuyas manos se habían consumido entre cuerdas de piano y clavijas y habían dejado pasar la vida por entre los dedos. Esa frase, “un animal mitológico que se muere” se la escuché decir casi cada día.

No olvidaré nunca aquel largo viaje en el velero de Jacques. Fue una lenta travesía, con el sonido del viento inflando las velas, la suave música del mar golpeando en la quilla, y el canturreo de marinero de Jacques.

Después de varias horas el mar dejó de ser de un azul profundo y oscuro, y en las profundidades empezaron a divisarse vetas de un azul más claro, collages blanquecinos, verdosos, turquesas y esmeraldas, como un cuadro submarino de Paul Klee. Cuando finalmente entramos en el arrecife el collage se podía casi tocar, oler, sentir. De pronto me encontraba en una enorme caldera de tonos blancos y turquesas, confundiéndose horizonte, agua y cielo en un espectáculo maravilloso de vida, peces, vegetación y formas de colores.

Jacques sonreía socarrón parapetado en el cigarrillo gastado al ver mi boca abierta.

Créame si le digo que en aquel momento supe que ya no me iría nunca más de allí. Fue él el primero que me habló del daño irreparable que sin darnos cuenta le infligimos a los corales. Fue él el primero que me dijo que el ecosistema de un arrecife de coral es tan delicado, tan sensible, que basta que el agua aumente su temperatura un solo grado para que los arrecifes se vuelvan blancos y terminen muriendo. De los arrecifes de coral, monsieur, dependen también nuestras vidas.

Mi intención, al llegar, fue quedarme allí un par de semanas por la historia del piano y regresar a París pasado ese tiempo. Después me quedé para ayudar a Jacques a terminar de construir su casa en la colina. Un día, en una de las cantinas del puerto de Atuona decidí, como había hecho él unos años antes, que mis días terminarían en estas islas. Por cómo me miraba cuando se lo dije sabía que entendía perfectamente lo que me estaba pasando.

Jacques y yo nos fuimos haciendo amigos. Es una lástima que no pudiéramos disfrutar mucho de aquella amistad. Cuando regresó a París para grabar su último disco, *Les marquises*, ya estaba más enfermo de lo que él quería reconocer y de lo que los demás queríamos ver. Regresó una última vez a Hiva Oa y, bastante desmejorado, regresó a París, donde murió unas semanas más tarde. En el puerto de Atuona dejó su barco y la avioneta con la que transportaba a gente de una isla a otra.

Creo que fue feliz aquí, como lo he sido yo desde hace casi veinte años.

Bien, monsieur, si le he contado esta simple historia, pequeña, tal vez para usted insignificante, es porque quiero hacerle una petición.

Le ruego, le pido por favor, ni siquiera en nombre de su tocayo Brel, sino en nombre de su propia vida, de nuestra vida, de la vida del planeta, que no cumpla sus amenazas y que desista de su intención de efectuar las pruebas nucleares que su país tiene previstas en los próximos meses. Yo soy un simple afinador de pianos que vive tranquilamente en las Islas Marquesas y no entiendo las razones que tienen los países para según qué acciones, pero le pido que reconsidere su idea por el bien de todos.

Con todos mis respetos, le envío un sincero abrazo.

Fred Ménard.

[Esta carta fue encontrada el 27 de enero de 2009 en la sucursal del Servicio Postal Francés de rue Chaligny, donde yo trabajaba por aquel entonces. Llevaba allí extraviada desde septiembre de 1995. La abrí porque me llamó la atención que fuera dirigida al "Monsieur President Jacques Chirac", palacio del Eliseo. Cuando contacté con el Ayuntamiento de Atuona, en Hiva Oa, preguntando por Fred Ménard, y tras una serie de averiguaciones en el registro, me

*comunicaron que Ménard había fallecido el 8 de julio de 2003. He
decidido divulgar el contenido de esta misiva para honrar su
memoria]*

Miguel Ángel Maya